

AGUSTÍN

El enigma del nuevo tiempo programable

The enigma of the new programmable time

RAMOS IRIZAR

Palabras clave

Tiempo, aceleración, programación, tecnocracia

Key words

Time, acceleration, programming, technocracy

Resumen

Las actuales dinámicas temporales marcan ritmos y modos de vida en los que las redes de programación son la base fundamental de un sistema tecnocrático que impone las claves de lo que entendemos como novedad y progreso.

Abstract

The current temporal dynamics marked rhythms and ways of life in which programming networks are the foundation of a technocratic system that imposes the keys to what we understand as novelty and progress.

«Cuidado con lo que deseas».

Martin Cruz Smith, *Bahía de La Habana*

Efectivamente, mucha atención con lo que se desea. Lo nuevo, obligatoriamente, no es ni lo mejor ni lo más adecuado. El enigma está precisamente ahí. Esa pretensión permanente de novedades, acontecimientos que alteren el orden cotidiano, pero que no molesten mucho particularmente. El hastío que llega, casi tan rápido como las ganas de cambiar. El deseo que quiere algo ya, pero que una vez satisfecho molesta, porque se quiere otra cosa. «Cuidado con lo que deseas» es una referencia general a todo aquello que deseamos o creemos desear pero que luego no somos capaces de mantener. Un continuo salto hacia adelante, sin ningún rumbo. Poseer, controlar, manipular... y acto seguido tirar. En la modernidad tardía, la aceleración continua, una velocidad exagerada en acciones y decisiones, hace que el tiempo se convierta en una opción estratégica. La sociedad del ocio se entremezcla con la del trabajo y el afán de poseer todo al momento, ese deseo permanentemente insatisfecho, esa falta de anclaje en la realidad cotidiana, el cambio continuo y permanente de objetos, casas, personas, animales etc. esa falta de cariño sustituida por el afán de posesión, hace que nuestra relación con las personas y los objetos a través del tiempo, sea algo extraordinariamente complejo y cada día que pasa más programable. Además, la tecnología de los aparatos y utensilios variados que van acompañando nuestra modernidad (teléfonos, televisores, ordenadores, tabletas...) cada vez más móviles y cambiantes, hacen que nuestra vida sea una continua solicitud de tareas, servicios, juegos y divertimentos variados que permiten que nuestra percepción del tiempo varíe.

Pero un problema real, mucho más allá de un riesgo, aparece en el horizonte. Una excesiva contemplación tecnológica en la que las máquinas y aparatos móviles priman y van marcando pautas convierten al individuo en un adicto de utensilios variados que van condicionando sus modos de vida. La teoría del progreso científico-racionalista piensa que a la humanidad le conviene ir mejorando en comodidades y prestaciones. Sí, pero ¿y si aquello que se desea, no es lo que más conviene? ¿Con qué autoridad se arrojan los defensores del progreso científico la defensa de los intereses de la humanidad? ¿Quiénes se han creído que son para decir lo que está bien y lo que está mal? ¿Por qué, primero eliminan el pensamiento especulativo y la moralidad para luego defender de manera especulativa y moral sus teorías?

Estas preguntas, evidentemente, no son fáciles de responder. Si lo fueran, significaría que la moral y la ética tienen un cierto valor en nuestro mundo y

son estudiadas y apreciadas por mucha gente. No es el caso, como bien sabemos y por mucho que algunos se empeñen en decir que sí. Lo dicen, quiénes lo dicen, pero no lo creen, o al menos no lo aplican a sus asuntos particulares.

Pero, además, ni tan siquiera hablamos de ética. En el enigma de las novedades continuas aparece un rechazo explícito de todo aquello que suponga una rémora en un supuesto avance de la humanidad hacia formas prácticas de entender el mundo, alejadas de especulaciones filosóficas consideradas como inútiles frente a una racionalidad tecnocrática bien instaurada. Y lo que es más curioso, aquello que desde tiempos antiguos y sobre todo desde la Atenas clásica, con Sócrates, Platón y Aristóteles, había sido encuentro y lugar de reflexión y consideración, la Política o el arte de gobernar la cosa pública, es puesto en cuestión y barrido en aras de una defensa de intereses particulares convertidos en generales por gracia de un control tecnológico que deriva claramente hacia una tecnocracia. La política se constituye como economía social. Lo que llamamos políticos, actualmente, salvo honrosas excepciones, no son tales. Son burócratas de una supuesta eficacia técnica y están alejados de los fundamentos básicos de una acción orientada a la reflexión, al debate y a la puesta en común de situaciones, acontecimientos y problemas. La «res pública» desaparece para dejar paso al «es lo que hay que hacer» o «no hay otra opción» o miles de expresiones cotidianas que se dicen para justificar las intervenciones sin discusión y sin tener en cuenta otros intereses o necesidades. Una privatización de la política y una supuesta consideración hacia lo social que no es más que una imposición de nuevos criterios particulares favorecedores de determinadas necesidades ilimitadas de algunos, no de todos. Esto explicaría la deslegitimación de la política en la modernidad y el trasvase a movimientos sociales de gestiones privadas con recursos públicos.

Lo que entendemos por eficacia pasa a ser el elemento central de legitimación de un orden tecnológico en el que el tiempo corre a favor de una aceleración programática de vértigo, donde la quietud pasa a un segundo plano.

Además, añadiendo sustituciones, la política considerada como diálogo, conflicto o pluralidad es reemplazada por la certeza de la ciencia y de la técnica, convirtiéndose la eficacia en un criterio fundamental para la adopción de decisiones políticas (Valencia, A. en Vallespín. F. ed. 1995) De este modo, la humanidad decide algo fundamental y lo hace con plena consciencia aunque nos pueda parecer a veces lo contrario. Yendo algo más allá, diremos que es algo muy importante y que se presenta como novedad lo que en realidad es una sociedad ya perfilada anteriormente. Seguimos con una enigmática percepción de lo

nuevo como si fuera algo especialmente relevante, surgido de la nada cuando en realidad ya existía y se configuraba como una fuerza de orden y de mantenimiento de una manera determinada de entender las cuestiones públicas y su apropiación por lo privado. Esto es algo que ya ha manifestado con mucha claridad Hanna Arendt (1974) al referirse a la Economía Social del Estado del Bienestar como sustituta de la política. Así lo precisa Cristina Sánchez (1995), considerando además, al referenciar a Arendt, que la democracia entonces deja paso a la burocracia definida como gobierno de nadie. Una tecnocracia que erige el pragmatismo como bandera. Lo que llamamos social encubre en realidad el alejamiento de la Política y el paso a manos privadas de todo lo que es público, convirtiendo el mundo en un campo de experimentación de particularismos que no tienen, en realidad, nada de social. Una transustanciación de conceptos, que transforma la sociedad en terreno expedito para la programación de los modos de vida cotidiana. Serán, precisamente, estos modos de vida los que paralelamente usurpen el mundo particular convirtiéndolo en social, inmiscuyéndose en la intimidad de las personas y transustanciando la privacidad en particularismo a través de lo social. Es una regla transitiva. Lo particular-privado se introduce en la intimidad a través de lo social, logrando que lo íntimo sea programado por intereses particulares de empresas, instituciones u otras personas.

En el texto de Valencia se hace mención a que la primera versión moderna de una sociedad tecnocrática aparece en *La Nueva Atlántida* de F. Bacon. Se trata de una de las utopías políticas clásicas vinculada a la nueva concepción de la ciencia que surge en el siglo XVII. El mismo Bacon teoriza en *Novum Organum* en contra de la antigua concepción de la ciencia puramente teórica, interpretativa y especulativa, y defiende una nueva ciencia fundamentalmente operativa, dirigida hacia la invención y la anticipación.

Tal y como señala Valencia (1995) para Bacon el saber es poder y este no es otro que el poder de la naturaleza que el científico se ha apropiado violentándola. Parece factible, en este marco, que una sociedad basada en tecnologías sofisticadas tenderá a legitimar a sus científicos y técnicos como gobernantes.

Valencia (ibid.) ahonda en estas ideas afirmando que la relación entre tecnología y política va a determinar una noción de poder en la que pierde importancia la política en beneficio de una élite técnica, que adopta decisiones políticas bajo el principio de eficacia frente a una sociedad sumisa ante la nueva autoridad tecnocrática. Lo social y lo tecnológico se alían para configurar una tupida red en la que priman los valores de eficacia práctica y donde la teoría se convierte en fundamento de un tiempo ilimitado al servicio de unas necesidades también

supuestamente ilimitadas. Las democracias son deslegitimadas y se convierten en tecnocracias burocráticas aparentemente de gobiernos de nadie responsable, por ejemplo, los mercados y bajo esta apariencia, en realidad se configura una sociedad oligárquica perfectamente ordenada y legitimada atendiendo a criterios científicos y de progreso.

En esta línea pragmática, la obra de Saint Simon y el positivismo de Comte van a tener, según Valencia (ibid.) una influencia notable en la formación de la ideología tecnocrática. El positivismo rechazó todas las explicaciones metafísicas sobre el mundo, sustituyéndolas por una interpretación científica de todos los fenómenos que formará un corpus de conocimiento absoluto, una nueva fe y una guía para la acción política. De este modo todas las leyes de la ciencia serían expresión de una verdad absoluta, siendo todos los procesos sociales, naturales y físicos, reducibles a estas leyes. También, en este contexto, el progreso es sinónimo de perfeccionamiento de la humanidad, es decir, actúa en beneficio de todos. Una legitimación perfecta.

Valencia (ibid.) señala, entre otros, al ingeniero Howard Scott, considerado por muchos el creador de la palabra «tecnocracia», como configurador de un movimiento tendente a reorganizar toda la economía americana del siglo XX en base a un plan general realizado por los mejores técnicos, un plan que elevaría la productividad garantizando la abundancia para todos. Es cierto que el movimiento fracasó y fue olvidado por los propios colegas y técnicos, pero creó bases ideológicas que mantienen en vilo a la humanidad.

En los últimos años, estas corrientes han variado en su fundamentación de legitimación ideológica. Es remarcable en este aspecto y seguimos a Valencia (ibid.) la influencia de la teoría de James Burnham expuesta en el texto «The Managerial Revolution (1967)». Su propósito no consistía en demostrar la conveniencia de que una élite tecnocrática dirigiera la producción para el beneficio de toda la sociedad, sino la inevitabilidad de la ascensión de los «gerentes» como nueva clase dominante en función de su superioridad técnica y en beneficio del desarrollo social occidental.

De este modo, los gerentes tienen las funciones de guiar, administrar, dirigir y organizar el proceso de producción ya sea en la industria o en el gobierno, con un funcionamiento eficiente de todo el sistema.

Estos precursores técnicos que no contemporizan con la política o la especulación, abren un terreno claramente definitorio de un mundo volcado en modos de vida basados en un progreso hacia formas pretendidamente novedosas. Algo que se desea y que se trata de conseguir, pero al mínimo coste, es decir, que la responsabilidad no sea de la humanidad sino de otros: ¿pero de quién o de qué?

De quién o de qué y sobre todo «para cuando lo desea». La respuesta es clara: para ahora mismo, la inmediatez más absoluta como garantía de posesión y control. Una responsabilidad no compartida y cargada en el haber de otros a los que ni tan siquiera se reconoce estatuto de real, no digamos nada de persona o humano o algo similar. Un proceso de cosificación en el que lo que se necesita y se desea debe ser satisfecho al instante, sin ambigüedades y sin tiempos muertos. Un mundo en el que el tiempo, tecnológico, marca las diferencias y en el que el instante decide. Los tecnócratas a través de las gerencias y direcciones, establecen criterios de cualificación que son los que deben ser seguidos obligatoriamente si se quiere participar en la vía de la financiación y del desarrollo. El nuevo tiempo, impone nuevos modos de vida, relaciones determinadas y criterios al uso. Las decisiones están ya formalizadas y los aparatos de gestión y calidad, innovación y desarrollo, imponen los ritmos. Las máquinas, creadas van marcando tiempos y prácticas altamente ideologizados. Cualquier individuo es libre de salirse del sistema establecido cuando lo desee, con las consecuencias que se suponen.

La batalla por el tiempo

En este contexto de tiempo tecnocrático, si considerábamos que la tecnología debía aportar a la humanidad la gran novedad de dedicarse a una vida de ocio y juegos, sin necesidad de trabajar especialmente, porque las máquinas ya se iban a ocupar de casi todo, hay algunos matices a precisar porque no parece tan claro.

Mona Cholet (2012) señala que el ritmo de la vida ha seguido al de las máquinas y todo el mundo se siente acuciado por sujeciones o exigencias que asfixian y constriñen al individuo. Desigualmente repartido, el tiempo es un recurso raro y disputado. Probablemente la mayor novedad y lo curioso del asunto es que las ideas de poder y dominación, cada vez se centran más en torno a la disponibilidad de tiempo y, evidentemente, a la utilización de esa disponibilidad en conjunción con objetos de programación para que, de esta forma, los individuos se adapten también a las programaciones en todos los órdenes de la vida cotidiana. Los objetos conectados cobran ventaja. Organizados en red logran subsumir al individuo obligándole a aceptar los postulados al uso en eficiencia técnica. El individuo hace lo que se debe hacer y en sus conexiones en red participa del flujo general al uso en base a las innovaciones y desarrollos conseguidos. Sus modos de vida cotidiana se nutren de objetos y redes, flujos continuos de datos a los que se somete voluntariamente.

De hecho, el concepto de tiempo va siendo degradado por un ritmo de vida frenético, sin fundamento filosófico alguno, basado únicamente

en criterios de prestigio, de una base de efectividad y eficacia técnica que, hasta hace bien poco eran difícilmente legitimables y que, sin embargo, marcan la pauta de una novedad permanente de servicios, objetos, productos inmateriales como la música, imágenes y todo tipo de entretenimientos. Tal y como precisa Cholet (ibid.) detrás de lo que cada uno percibe como un fenómeno natural, o como circunstancias de su existencia individual, existe un «régimen tiempo» que no tiene nada de azaroso. Esta idea de Harmut Rosa ((2012) se completa con la distinción que realiza de las tres formas de aceleración combinadas que funcionan en nuestro tiempo: la aceleración técnica (Internet, trenes de alta velocidad etc.), la aceleración social (cambios de empleo, de parejas, de objetos, de casas etc.) y la aceleración del ritmo de vida (se duerme menos, se habla más rápido, relaciones más esporádicas con otros, todo el rato se utilizan mensajes cortos o conversaciones a través de dispositivos portátiles...).

Se suponía que este nuevo mundo iba a ser muy beneficioso para la humanidad y que la propia aceleración técnica iba a permitir una vida más equilibrada y armónica. Es cierto que la duración de los procesos y movimientos se reduce, pero a la vez aumenta el número de los mismos. Se hacen muchas más cosas, pero no está claro que merezcan la pena o que tengan un interés, por mínimo que sea. Chollet (ibid.) considera que es cierto que escribir un mensaje electrónico es mucho más rápido que escribir una carta, pero se escriben ahora muchos más mensajes electrónicos que cartas antes. El coche permite ir más rápido, pero como aumentan los desplazamientos, el tiempo consagrado al transporte no disminuye.

De este modo, observamos que las sociedades occidentales consideran como progreso y aumento de la autonomía este fenómeno típico de la aceleración. Pero, señala Chollet (ibid.) lo que en realidad logra es cortocircuitar las instituciones y marcos políticos gracias a los cuales ha logrado el despliegue. Se convierte en una fuerza totalitaria inherente a la sociedad moderna en el sentido de un principio abstracto y omnipresente del que nadie puede escapar. En la vida cotidiana, el individuo siente que no puede tener nunca distancia sobre su propia vida y en el plano colectivo, las comunidades políticas pierden el control de su destino. Esta loca carrera hacia ninguna parte viene acompañada por un paradójico sentimiento de inercia y fatalismo.

Los medios progresistas no identifican claramente el nuevo tiempo como el terreno de una batalla estratégica (Chollet, ibid.) siendo como es constatable que se ha convertido en un recurso muy disputado y desigualmente repartido. Este aspecto del progresismo es curioso porque no parece darse cuenta de que las novedades no necesariamente son provechosas, si hablamos de verdad de progreso, porque junto con el desarrollo

técnico debiera plantearse un avance en valores morales que acompañe debidamente los acelerados movimientos tecnológicos. No es así y es parte importante del enigma. Es como si lo nuevo, sea lo que sea, tuviera legitimidad por sí mismo. Evidentemente, nada hay más peligroso para nuestras sociedades que esta posición. Además es más interesante el tema aún, porque en este contexto los asalariados ven como se les impone una flexibilidad cada vez más acuciante. Las agencias de servicios y atención a personas permiten a las clases acomodadas liberarse de trabajos domésticos, cuidado de niños, personas mayores enfermas etc. utilizando una mano de obra barata, normalmente femenina, pobre, en empleos ingratos y mal remunerados. El tiempo de trabajo de estas personas es tratado con un desprecio soberano, así como se trata el de los beneficiarios de prestaciones sociales, condenados a largas colas en ventanillas. Una dependencia alienante más si cabe por ser aceptada y reconocida como algo irreversible.

Pero la presión más potente se ejerce sobre las mujeres en sentido general, ya que no todas participan del proceso. A la vez que asumen lo esencial de las tareas domésticas, juegan también el rol de «amortiguadores temporales» (Chollet, *ibid.*) a la vez en la empresa, donde trabajan a menudo a tiempo parcial y en la esfera privada en la que se ocupan de la carga mental de la organización de los diferentes tiempos de vida de la familia. Y ya sabemos el tiempo que ocupa esta tarea. A la vez, son víctimas de las mentalidades sexistas que asocian femineidad y dedicación desinteresada a los demás. Una auténtica burbuja presta a explotar en cualquier momento si no lo ha hecho ya.

A lo largo de los últimos tiempos el trabajo ha ido configurando la esfera privada y ésta, a su vez, ha condicionado el mundo del trabajo. Aunque las personas tienen aparentemente más «tiempo libre» no se sienten menos arrastradas por el ritmo infernal de la vida colectiva (Halimi, S. 2012). De hecho, consagran parte importante de su ocio en actividades de poco o nulo valor ante sí mismos, como ver la televisión o navegar por páginas de ocio y asueto en internet; se produce una especie de inhibición para hacer lo que realmente les ayude a la superación personal. Es un tiempo autocontrolado y fácilmente manipulable, un flujo ilimitado sin control, adicciones difícilmente tratables.

Y estos fenómenos se producen porque el problema del tiempo, señala Chollet (*ibid.*), no es únicamente cuantitativo (siempre falta), sino también cualitativo: no se sabe cómo utilizarlo, habitarlo. La concepción que se tiene ha sido forjada por una ética capitalista, en sus inicios de inspiración protestante, pero muy secularizada. Es, tal y como señala Rosa (*ibid.*) un recurso abstracto que hay que aprovechar de la manera

más intensiva posible. Los ritmos se ciñen a un modelo de tiempo libre en el que la eficacia y la obligación moral de hacer algo útil marcan la pauta. La presión, en tiempos de situación económica poco boyante es aún más acuciante. Millones de personas, con poca o nula capacidad de trabajo considerado como útil son reducidas al ostracismo. Todo depende de la escala social en que nos situemos, porque la moral secularizada que utilizamos como referente y que hace tiempo ha sustituido a la ética protestante, es una moral de esclavos, que permite a las clases acomodadas vivir sin hacer nada útil, y a la vez, exige de las clases menos pudientes unos modos de vida frenéticos que, evidentemente, en la mayoría de los casos son inasumibles porque rompen los ritmos naturales del ser humano. Además, la lógica tecnocrática y tecnológica, impone unos modos de vida que asocian seres humanos con máquinas y éstas entre sí. Los humanos, por el contrario se enfrentan unos a otros. Es evidente quién lleva la ventaja en este asunto.

De la cafetera al sistema de climatización. Enigmas de la red programable

La lógica de la rentabilidad y de la competitividad, típica de nuestro modelo de actividad económica, se extiende a todos los dominios de la vida. El tiempo libre, que tanto ha costado conquistar, debe ser dirigido eficazmente. No caben tiempos muertos, dedicados al pensamiento o a la contemplación. Tampoco la especulación que aleja de la eficacia.

Nos hallamos en un mundo programable en el que todo lo que nos rodea está sujeto a unas leyes incuestionables y en el que las cafeteras hablan a los relojes (Bill Wasik, 2013). Varios años después de la revolución Wifi que ha logrado conectar todos los ordenadores a una red sin cables y de la explosión de los smartphones (que se han introducido en nuestros bolsillos), asistimos al surgimiento de una nueva era en la que los objetos más simples de la vida cotidiana comunicarán entre ellos gracias a estas conexiones sin cables. Podrán realizar tareas a la carta con detalles y datos inéditos. En algunos casos, ya se conectan muchos objetos en casas o empresas a través de pequeños aparatos que permiten consultar la actividad y controlarla. Se trata de sistemas de automatización muy sofisticados.

Las informaciones circulan libremente. Es un mundo programable, una nueva manera de entender las relaciones de todo tipo. Lo novedoso precisamente es que cuando existan muchos objetos conectados no serán solo novedades pasajeras sino que se constituirá un enorme sistema coherente y que se podrá pensar y organizar como un cuerpo autónomo en

movimiento. Este mundo de conexiones se comportará como una legión de robots o drones capaces de coordinar sus acciones en un gran conjunto.

Las tres etapas que nos esperan en opinión de Wasik (ibid.) son las siguientes:

1. La introducción de nuevos objetos sobre la red. Diferentes empresas trabajan en esta línea «smart». Precisamente los smartphones nos ofrecen un modo natural de comunicar con objetos «inteligentes». La innovación y miniaturización de los captosres permiten bajar precios y que el modelo llegue al público en general con mucha mayor rapidez.

Los pagos con portátil son ya moneda corriente en muchos lugares. Las tecnologías de la publicidad también utilizan sistemas de este tipo.

En el ámbito industrial grandes firmas como IBM o Cisco utilizan la conectividad continua como medio para vender más productos y servicios de alto valor añadido, sobre todo de análisis de bases de datos para sus clientes principales. Los industriales chinos utilizan el mismo razonamiento y desarrollan específicamente la red Internet de objetos.

2. La segunda etapa es la de la interconexión de varios objetos inteligentes. Es la más delicada porque corresponde al paso del simple análisis y recopilación de datos a la verdadera automatización. Se delegan las decisiones a las máquinas. Son conexiones entre todos los objetos de nuestra vida cotidiana según lo que deseamos verles hacer en función del estado o de la acción de otros objetos. Nuestras necesidades ilimitadas nos impiden ver por el momento qué tipo de deseos tendremos para establecerlos automáticamente. Sabemos o creemos saber los que tenemos ahora. Nuestras necesidades dependerán en gran parte de lo que los objetos vayan intercomunicando y estableciendo como dinámicas de progreso. Es decir, que nuestra libertad va a verse condicionada por intereses o necesidades que ni siquiera sospechamos porque no dependen de nosotros como individuos, sino de máquinas o empresas que, intencionadamente, establecerán sus novedades y prioridades y que enigmáticamente serán también las que nos gusten e interesen a nosotros. Diferentes robots virtuales trabajan ya en esta línea, a través de la red, utilizando todos los espacios disponibles como redes sociales, blogs, prensa, radio y televisión online etc. Desde opiniones interesadas hasta tratamiento de datos de usuarios, pasando por usurpaciones de identidad.

Todos los mecanismos de señalización de presencia serán utilizados de modo constante en el trabajo, la calle, los colegios, los transportes, centros comerciales etc. Una automatización total de las diferentes

interacciones. Ya se experimenta con el sistema de pago por presencia. Es decir que un individuo que entra, por ejemplo, en un centro comercial es inmediatamente reconocido por los captore y con dar su nombre es suficiente para hacer el pago. Los chips de presencia permiten saber donde nos encontramos en cada momento (como con los móviles). Se puede saber en qué establecimiento, colegio, centro, empresa... se encuentra una persona y exactamente en qué mesa está sentada. Ya hay aplicaciones para museos en los que al llegar a una sala se escuchan las informaciones preceptivas pero se podrá saber donde estamos exactamente y a cualquier distancia. Se trata de una nueva manera de tratar la localización de personas, animales u objetos. En algunos casos hay ya instrumentos virtuales que permiten localizar a través del ordenador, objetos perdidos o que no recordamos donde los habíamos puesto.

3. La tercera etapa consiste en desarrollar aplicaciones para estos objetos conectados. Entre ellas, varias relacionadas con la seguridad. En algunas empresas, cuando el último empleado ha salido, el sistema cierra automáticamente las puertas, apaga las luces y el termostato de la temperatura, a la vez que conecta el sistema de seguridad y lo vincula con la policía o empresas del ramo.

El debate sobre la seguridad está ya cerrado porque estos sistemas imponen un modelo de vigilancia y control que apreciaremos justamente por su comodidad y eficacia. El propio concepto de eficacia, como vemos, está ya marcado y señalado. Eficaz es lo que nos viene bien, lo que creemos que es adecuado a unos usos y costumbres determinados. Coincide, claro está, con lo que a los programadores les interesa. Lo que más se controla en este terreno es la cuestión de la energía. Que no se produzcan cortes en las redes y menos aún un colapso. Por lo tanto, las fuentes energéticas son claves y esto lo saben los desarrolladores de los sistemas. En años próximos se comercializarán tecnologías sin cables capaces de transmitir energía a varios metros de una estación de carga y así poder recargar captore y receptore sin problemas.

Novedades, enigmas o simplemente un mundo interconectado. De lo que se trata es de mantener viva la idea de lo ilimitado, necesidades que no tienen final, un marco incomparable de juegos sin fin, el ocio y el trabajo entremezclados en una utopía de ensañaciones y alucinaciones legítimamente establecidas.

Es de esperar que nuestro mundo sea capaz de mantener este enigma de supervivencia basada en la no limitación, como si de pronto tuviéramos necesidades cósmicas y nos abriéramos a un universo que creemos infinito y expansivo. Este universo tampoco tiene límites y lo nuevo no es

más que la antesala de otra novedad inmediatamente asequible y que a su vez persigue otras muchas más, futuras e inciertas. Enigmático lo nuevo y enigmático el ser humano. Quizás, en el final esté el principio de nuevo y no somos capaces de ver que damos vuelta a lo mismo sin pararnos a pensar que esta rueda no tiene fin y que nuestra sed ilimitada no es más que una lógica universal basada en la no existencia de límites y de barreras. Un enigma que no vamos a resolver porque los enigmas están precisamente para eso. Y así, sin final, terminamos haciendo lo mismo, pero pensando que somos distintos.

Bibliografía

Arendt, H.: *La Condición Humana*. Barcelona, Seix Barral, 1974.

Bacon, F.: *Novum Organum*. Barcelona, Orbis, 1985.

Burnham, J.: *La revolución de los directores*. Buenos Aires, Sudamericana 1967.

Chollet, M.: «Des sociétés malades de la vitesse. Sourde bataille pour le temps». Paris, *Le Monde Diplomatique*, N.º 705, décembre 2012.

Halimi, S.: «On n'a plus le temps», Paris, *Le monde Diplomatique*, N.º 703, octobre 2012.

Moro, T.; Campanella, T.; Bacon, F.: *Utopías del Renacimiento*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Rosa, H.: *Aliénation et accélération. Vers une théorie critique de la modernité tardive*. Paris, La Découverte, 2012.

Sánchez, C.: «Hannah Arendt». En F. Vallespín (ed.): *Historia de la teoría política* ó. Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Valencia Sáiz, A.: «La teoría política en la era de la tecnocracia». En F. Vallespín (ed.): *Historia de la teoría política* ó. Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Wasik, B.: «Quand tous nos objets seront programmables». Paris, *Courrier International*, N.º 1180, Juin 2013.